

### III

*Distribución del  
Ejército peruano en  
sus líneas*

El ejército peruano ocupaba sus posiciones fortificadas en este orden:

El cuerpo de ejército de Iglesias cubría el paso de Santa Teresa y las posiciones de Villa apoyando su derecha en el

Morro Solar.

El de Cáceres le seguía hasta tocar el abra de San Juan.

El de Suárez, que servía de reserva general, estaba colocado en la retaguardia de los anteriores, equidistante de ambos.

De San Juan al norte, cuidando el otro flanco del portezuelo, estaba Dávila.

El ejército peruano disponía de 20.000 hombres más o menos; el chileno de 23.000.

Las jornadas de Lima son las más grandes que se han librado en Sudamérica, en consideración al número de combatientes. Tomaron parte en ellas, en Chorrillos alrededor de 45.000 hombres, en Miraflores 20 a 25.000.

La batalla de Chorrillos fué el asalto de frente de las posiciones que se extendían entre el abra de San Juan por el sur y la de Santa Teresa por el norte. Era preciso que toda la línea sintiera igual presión para que se quebrara y no pudiera acudir una sección en defensa de la otra, como ocurrió en Tacna, oponiendo una resistencia no prevista a la división atacante. Sucedió así, sin embargo. Lynch que estaba encargado de asaltar las posiciones de Iglesias, estuvo solo durante una hora, porque Sotomayor con su división se extravió, según se dijo, o se atrasó, lo que permitió que Cáceres lo reforzara y a ambos la Reserva de Suárez.

Baquedano mandó entrar en acción entonces con gran oportunidad los tres regimientos de la Reserva del coronel don Arístides Martínez en apoyo de la división de Lynch y con corta diferencia de tiempo la brigada del coronel don José Francisco Gana que marchaba a la vanguardia de la extraviada 2ª división, cediendo al propio impulso, según parece, atacó el abra de San Juan, la forzó y se abrió paso al valle regado. Y para que el enemigo no se rehiciera Baquedano lanzó contra él la caballería de Yávar y de Bulnes.

Los peruanos, expulsados de sus fuertes reductos, huieron: unos, los de Iglesias, al Morro Solar y se asilaron en sus fortalezas inexpugnables; otros, al pueblo de Chorrillos bajo la línea de tiro de los fusiles, ametralladoras y cañones del Morro. Como sucede siempre, los que no habían peleado o los que habían combatido poco estaban más organizados que los demás. Suárez pudo retirarse con parte de sus tropas a Chorrillos y casi todo el cuerpo de ejército de Dávila a Miraflores. La brigada de Barboza que había tomado poca parte en la acción y la división del Coronel Lagos que se encontraba en el mismo caso, se juntaron a la espalda del claro abierto por Gana, en las casas de la hacienda de San Juan, donde ya estaba el afortunado vencedor con el Cuartel General, el Estado Mayor y la artillería de campaña. En ese momento no eran las 9. A. M.

Entretanto la división de Lynch, que había llenado su misión apoderándose de la línea de Villa a Santa Teresa, se vió en la necesidad de seguir de cerca al enemigo que le hacía fuego de cerro en cerro, de altura en altura, y llegaba al pie del Morro Solar exhausta de fuerzas y de proyectiles para la artillería de montaña a la cual acompañaba la sufrida y cansada infantería, y tuvo que detenerse y retroceder. El Atacama corrió en su auxilio al ver su situación y Baquedano le envió a las 10 A. M., dos de los regimientos de la Reserva que lo habían acompañado en su primera gloriosa etapa, y además la brigada del Coronel Barceló, con el Coronel Lagos. Con poco trabajo, estas fuerzas unidas a las de Lynch atropellaron todos los obstáculos y un rato después el comandante del Santiago, don Demófilo Fuenzalida, hacía flamear la bandera de su cuerpo en la cumbre del Morro. Eran las 12 del día.

La batalla no había concluido. En el baio, en el pueblo de Chorrillos, se habían agrupado las brigadas de Urriola, de Gana y de Barboza, la artillería de montaña y de campaña y todas juntas atacaron la población. Los soldados peruanos estaban asilados en las casas, en las azoteas, detrás de las puertas o asomados en las ventanas, y disparaban a mansalva, asesinando, más que combatiendo, a los grupos que penetraban en las calles a pecho descubierto.

Mientras una parte del ejército se batía así, otra defendía el acceso de los trenes blindados que venían de Miraflores cargados de cañones y soldados en

defensa de Chorrillos y de algunas secciones de la Reserva peruana que trataron de embestir por la misma vía. Esos cuerpos chilenos fueron el Aconcagua, el Valdivia y el Regimiento N° 3. La batalla que había tenido en su primera fase, líneas regulares, plan armónico y preciso, pierde esa fisonomía desde que la resistencia se concentra en el pueblo de Chorrillos y el parte del General en Jefe, notablemente redactado, que es de una claridad transparente cuando describe la primera parte de la acción, la pierde llegando a ésta. Chorrillos debía presentar en ese momento la imagen pirotécnica de un castillo de fuego. El Esmeralda mandado por su impetuoso jefe, el Comandante Holley, había penetrado tanto en la población que una parte de su tropa fué cortada; los regimientos de Barceló escalaban las faldas de Morro Solar que vomitaba proyectiles por todos sus flancos; Lynch trepaba las crestas ensangrentadas que daban acceso a él desde el abra de Santa Teresa; Velásquez bombardeaba con su poderosa artillería las cumbres y flancos del cerro; el Santiago buscaba la vía gloriosa que lo condujo a la cima; y los cuerpos avanzados hacia el norte, ayudados por la artillería de montaña, cañoneaban las máquinas blindadas, y desplegados en fila en ambos costados de los rieles rechazaban a balazos los convoyes que aparecían y retrocedían después de bregar en vano por forzar el paso. Chorrillos fué tomado, lo mismo el Morro, y sus defensores quedaron muertos o prisioneros. Suárez alcanzó por segunda vez a salvar una parte de su división y llevarla a Miraflores, junto con muchos dispersos. A las 2 P. M., todo había concluido. Este es el esqueleto de la batalla de Chorrillos.

No se conoce bien el papel desempeñado por las divisiones y cuerpos peruanos. Los pocos que han escrito en el Perú sobre estos hechos se han reducido a glosar los datos de los historiadores chilenos y a cargar únicamente sobre Piérola la responsabilidad de las derrotas. El escritor que se respeta no puede ir a extraer el agua de esa fuente. Sírname esto de excusa, de las deficiencias en que incurra sobre la acción de los cuerpos o jefes peruanos en estos memorables combates.

#### IV

*Batallones peruanos* Creo innecesario dar una idea del ejército chileno, porque el lector lo conoce ya suficientemente, no así al peruano. El parte oficial del Jefe del Estado Mayor del Perú, General Silva, distribuye a éste así.

Iglesias tenía en la extrema derecha diez batallones:

Guardia Peruana, Camajarca, Nueve de diciembre, Tacna, Trujillo, el Callao, avanzado en las casas de Villa; una columna de Guardia Civil; el Junín, Ica, Cajamarca N° 2.

Cáceres que apoyaba su izquierda, nueve:

Lima, Canta, Veintiocho de julio, Pichincha, Piérola, Lamar, Arica, Manco Capac, Ayacucho.

Dávila, siete:

Piura, Libertad, Cajamarca Nº 3, Unión, Junín Nº 2, cinco columnas de Guardia Civil, batallón de la Reserva Nº 40.

Suárez, seis:

Huánuco, Paucarpata, Jauja, Ancachs, Concepción, Zepita.

Agréguese dos regimientos de artillería, de los cuales uno de montaña, el otro de campaña, y algunas secciones de caballería. Tal era el ejército que esperaba al de Chile en la línea de Villa-San Juan.

*Enero 12 de 1881.  
Sale de Lurín el  
Ejército chileno*

Este empezó a desfilar por divisiones el 12 de enero, a las 4 P. M., de Lurín a sus respectivos puntos de ataque. El Comandante Soto tomó el camino de la playa para asaltar el Morro Solar por su frente sur, llevando consigo como ya lo he dicho el regimiento Coquimbo y el batallón Melipilla, mandado por don Vicente Balmaceda, hermano del Presidente de su apellido, civil como él y como otros que ocupaban puestos elevados en las filas, como ser Toro Herrera, Soffia, etc. Apoyaban a esta columna dos baterías de artillería de montaña y le servía de reserva una parte del regimiento de Artillería de marina. El resto de la 1ª división, mandada por Lynch, tomó el camino recto que conduce a Villa y Santa Teresa por la Tablada de Lurín. La división del General Sotomayor marchó por Atacondgo. La 3ª división de Lagos siguió un sendero intermedio y la Reserva del coronel don Aristides Martínez llevaba rumbo paralelo a la 1ª, guardando con ella cierta distancia. La artillería de campaña del Coronel Velásquez, la caballería y el Cuartel General se colocaron: aquella en un cerriño que miraba a las posiciones de Iglesias y de Cáceres, y la caballería en un repliegue contiguo a la misma eminencia. El General en Jefe, el Jefe del Estado Mayor, el Ministro y el alto personal civil se quedaron al lado de la Artillería.

El plan adoptado requería que el ataque se efectuase al amanecer del 13, al mismo tiempo en todo el frente comprendido entre las abras de Santa Teresa y de San Juan, atravesando de noche el glacis delantero, valiéndose de la oscuridad y de la sorpresa. Para esto era preciso calcular con exactitud el camino por recorrer. Como lo expresó el General en Jefe en su lacónico lenguaje, Lynch debía embestir la derecha peruana —o sea Santa Teresa—, Sotomayor, el centro que era el paso de San Juan; Lagos, la izquierda para impedir que Dávila y las tropas de Miraflores acudiesen a defender ese punto.

El papel asignado a la Reserva era que estuviese lista para acudir a la primera orden en auxilio del punto que le indicara el General en Jefe, de quien dependería directamente. Queda, pues, bien en claro la táctica del día. Las dos grandes divisiones de combate serían las de Lynch y la de Sotomayor, protegidas por la de Martínez, mientras la 3ª de Lagos impedía que las fuerzas de la izquierda acudiesen a defender San Juan o Santa Teresa.

*Enero 13. 1 A. M.  
Los ejércitos frente  
a frente*

Todas las divisiones acamparon esa noche a cuatro o cinco kilómetros del enemigo, después de hacer una jornada tranquila y silenciosa que duró hasta la 1 A. M., más o menos. A las 3.30 Lynch emprendió de nuevo la marcha. Su tropa se desplegaba en tres columnas que correspondían a otras tantas eminencias fortificadas de que debía apoderarse. La 4ª, la de Soto, se sabe ya que obraba

independientemente. La columna de la izquierda la formaban los regimientos N° 4 y Chacabuco; la del centro los regimientos Atacama y Talca; la de la derecha los regimientos N° 2 y Colchagua. Los seguía una pequeña reserva de Artillería de marina de 380 hombres. Junto con la división marchaban dos baterías de artillería de montaña mandadas por los capitanes don José Antonio Errázuriz y don Gumercindo Fontecilla, cuyo jefe inmediato era el sargento mayor don Emilio Gana. Custodiaba a ésta el regimiento de Granaderos a caballo.

Lynch, exacto como un reloj, recorría la pampa intermedia entre su alojamiento de la noche y las líneas enemigas con su división desplegada en columnas por regimientos, abarcando un frente igual al de Iglesias, en el mayor silencio posible, para no frustrar la sorpresa que era parte esencial de la operación. Sotomayor, por causa que no ha sido satisfactoriamente explicada, no salió esa mañana con la oportunidad necesaria lo cual costó sacrificios de sangre a la división de Lynch. La de Lagos, cuya marcha estaba subordinada a la de la 2ª, se le anticipó y se encontró oportunamente cerrando con su presencia el terreno llano situado al norte del abra de San Juan.

La sorpresa con que se contaba no se realizó. El ejército peruano sabía que sería atacado de un momento a otro y tenía todo arreglado para romper los fuegos a una señal del Estado Mayor. Sus avanzadas habían capturado un empleado de ambulancia que les reveló que a esa hora Baquedano iba en marcha, lo cual les fué confirmado esa misma noche por un soldado peruano, tomado prisionero por Barboza en el reconocimiento de Ate, el cual se fugó de Lurín en el momento de la partida del ejército. Es así que, cuando Lynch marchaba en medio de la oscuridad y de una espesa neblina, vió, al dibujarse los primeros rayos del alba, que los campamentos se hacían señales con unos faroles rojos, y que acto continuo los cañones de las cumbres y la infantería rompían sus fuegos sobre la Tablada, cubierta por sus regimientos con una enorme fila en guerrilla extendida en dos líneas sucesivas. Lynch ordenó seguir avanzando y estrechar la distancia y cuando hubo llegado a una no mayor de trescientos a cuatrocientos metros de las trincheras los cuerpos se detuvieron para atacar cada

uno su sección correspondiente. El fuego empezó a las 5

*Enero 13. 5 A. M.*

*Lynch rompe el  
fuego*

A. M. Una hora permaneció esa división sola sin perder terreno en ninguna parte, al contrario, avanzando siempre, y como Lynch viera que la de Sotomayor, con cuyo concurso

contaba, no se presentaba y los cuerpos peruanos de la izquierda se cargaban contra él, envió sus ayudantes a comunicar su situación al General en Jefe, el que al punto hizo avanzar la Reserva de Martínez compuesta, como ya se sabe, de tres briosos cuerpos, fogueados en memorables acciones, el Regimiento N° 3, los Zapadores y el Valparaíso.

El General en Jefe, presa de una ansiedad febril, había hecho partir diversos ayudantes a apurar a Sotomayor y algunos habían vuelto diciéndole que no lo habían encontrado ni sabían donde estaba, lo que aumentaba su sobresalto e indignación, pero en los momentos en que se ponía en movimiento la Reserva, pudo ver que el fuego se comprometía también con una arrogancia desesperada por la derecha. Era la 1ª brigada de la división de Sotomayor, mandada por el Coronel Gana que se precipitaba al peligro al comprender la situación en que se encontraba la división de Lynch.

Desde ese momento la tarea de ésta fué relativamente fácil. Lo que pri-

mero cedió a su empuje fué la derecha de Iglesias. El batallón que ocupaba las casas de Villa fué arrollado. El reducto construido en ese punto apagó sus fuegos, agobiado por la artillería de montaña de Errázuriz y de Fontecilla, y uno de los cerros que cubría el abra de Santa Teresa fué tomado por asaltos sucesivos en que el rifle y la bayoneta hicieron igual papel. Lo mismo que a esta columna ocurrió a la del centro, compuesta del Atacama y del Talca. La prominencia de que se encargaron cayó rápidamente en sus manos. El tercer morro, el más alto, el que embestían el Regimiento N° 2 y el Colchagua resistió más, por haber sido reforzado por fuerzas de Cáceres que aun no era amagado por la 2ª división, y aquel sufrido cuerpo, el Regimiento N° 2, tuvo momentos aflictivos, cuando ascendía las ásperas laderas defendidas tan poderosamente. Sin embargo, en menos de tres horas de combate los tres orgullosos morros fortificados ostentaban en sus cimas la bandera de Chile. Las fuerzas de Iglesias que, según un estado oficial de las vísperas de la acción, contaban con un personal de más de 6.000 hombres, entre oficiales y soldados, se dispersaron, fugando al valle o encerrándose en Chorrillos y la mayor parte refugiándose en el Morro Solar. El ataque de la 1ª división había sido hasta ese momento un paseo triunfal.

La primera parte de la batalla estaba concluida por ese lado. Veamos qué ocurría en el sector de Cáceres. He dicho que junto con la Reserva había entrado al fuego la 1ª brigada de la división Sotomayor, mandada por el Coronel Gana que contaba con el Buin, el Esmeralda, el Chillán, las baterías de montaña de los capitanes Sanfuentes, von Koeller y Ferreira de la sección de Jarpa. Hacía rato a que la 2ª división atrasada o extraviada marchaba nerviosa, oyendo los disparos formidables de su izquierda, y bregaba por llegar a tiempo de auxiliar a sus compañeros.

Esa tropa no necesitaba órdenes para correr al ataque. Al llegar al abra de San Juan se desplegó en guerrillas, por líneas sucesivas, como lo había hecho la 1ª división. El Buin se encargó de apoderarse de un cerro de bastante elevación, poderosamente defendido en su base por una gran zanja cuajada de soldados que cerraba la extremidad norte del abra; el Esmeralda y el Chillán, de las colinas más bajas, que cerraban su paso por el otro costado defendido también con cañones de todas dimensiones.

El regimiento Buin anhelaba ejecutar una acción extraordinaria que le restituyese su antigua nombradía, ya que los acontecimientos le habían negado la oportunidad de distinguirse. En Dolores su papel había sido opaco. En Tarapacá no se había encontrado. En Tacna fué dejado de reserva. En Arica la suerte lo condenó a la misma situación que en Tacna.

El Buin Impulsado por ese orgulloso anhelo, hizo una entrada teatral a las posiciones de San Juan. Desplegado en guerrillas con su Comandante León García a la cabeza, avanzó sin disparar un tiro, en medio de una tempestad de proyectiles de todos tamaños que abrían claros en sus filas.

En esos momentos sujetó su caballo a la altura de las guerrillas del Regimiento un ayudante del Ministro de la Guerra, y con voz estentórea pronunció estas palabras: De orden del señor Ministro el puesto de capitán para el que

clave en ese cerro la primera bandera. Y diciéndolo mostraba con la espada un reducto que despedía torrentes de fuego.

El Buin acometió las trincheras por el frente y flanco y corriéndose por un costado amagó la altura que protegía el foso defendido por los cuerpos de Cáceres: el Manco Capac y el Ayacucho. En vano el General Silva, Jefe del Estado Mayor, intentó sostener esa interesante posición, haciendo avanzar en protección de ella al Huánuco, de la Reserva de Suárez, el cual después de una débil resistencia se desorganizó dejando muerto a su jefe el Coronel Mas. Lo reemplazaron dos batallones de refresco, el Libertad y el Canta, también inútilmente. La posición fué flanqueada, el cerro de la espalda tomado y las zanja de lanteras cortadas. La promesa del Ministro despertó una emulación entusiasta en las filas del Buin y el sargento don Daniel Rebolledo clavó la banderola de su compañía en las paredes del reducto, y otro alentado joven, el cabo don Juan de Dios Jara arrancó el estandarte del batallón Ayacucho de manos del oficial que lo custodiaba. El abra estaba forzada por su extremidad sur. Para que el triunfo fuera completo faltaba apoderarse de las alturas intermedias y de la elevada prominencia que la defendía por el norte. Los que realizaron esa parte de la operación fueron el Esmeralda, el Chillán, el cuerpo guerrillero de la 3ª división, mandado por el Mayor Castillo, el regimiento Lautaro de la brigada de Barboza y en menor escala el Curicó y el Victoria. El combate fué tan rudo en ese sector como lo había sido en la zanja tomada por el Buin. El General Silva lo reforzó con el Paucarpata, también de la Reserva de Suárez, al cual le sucedió como el Huánuco: perdió su Jefe, el Coronel Chariarse y se desbandó. El Esmeralda y el Chillán apoyados por el Lautaro no

*Se compromete en la acción la brigada Gana*

encontraron nada que contuviera su entusiasta avance. La muerte del 2º Jefe del Chillán, el Mayor Jiménez Vargas, no causó en sus filas ninguna impresión de desaliento. Igual-

mente decidido fué el avance de Castillo, oficial de la escuela de Lagos, es decir, oficial de pelea y de poderosa iniciativa, y casi al mismo tiempo que el Buin había clavado sus estandartes en el lindero sur del portezuelo, aquellos cuerpos desplegaban las suyas en toda el abra, en los cerros, en los reductos, en los fosos, conquistados de uno en uno, con una valentía igual a la desplegada por la división de Lynch triunfante también a esa hora, de tal modo que a las 8 de la mañana el camino de Chorrillos estaba franco y sus dos invulnerables puertas destrozadas. Aquel lujo de fortificaciones había caído desplomado en menos de tres horas.

*Cargas de la caballería*

Luego que el paso de San Juan fué abierto por la brigada de Gana, el General en Jefe ordenó que los regimientos de Granaderos, Comandante Yávar y Carabineros de Yungay,

Comandante Bulnes, cargasen en el valle sobre los dispersos y sobre la Reserva de Suárez que se retiraba apresuradamente. Los impetuosos cuerpos de caballería lanzaron sus bridones a carrera tendida con un vocerío aterrador aprendido de los araucanos que se llama *el chivateo*, "grito extraño, aturdidor y salvaje" dice un escritor peruano. Al emprender la carrera una bomba estalló debajo del caballo del Comandante Bulnes, el que incorporándose entre el polvo de la explosión continuó al frente de su Regimiento. Un proyectil mató al Comandante Yávar a una cuadra de las trincheras, pero el cuerpo siguió avanzando y lo mismo los Carabineros de Yungay. Estos llegaron hasta cerca de Tebes, y tu-

vieron que detenerse porque nuevos batallones probablemente de la Reserva de Miraflores tendidos en línea a lo largo de tapiales les hacían un mortífero fuego de mampuesto.

Ocurrió entonces un incidente que retrata el carácter de Vergara, el que fué presenciado por toda la comitiva que le acompañaba. El Comandante Bulnes gritó a su Regimiento "¡Paso a la marcha!" y el cuerpo le obedeció volviendo al tranco hacia San Juan, a pesar de que no había salido de la zona de tiro. Bulnes quiso evitar que una retirada violenta alarmase a la infantería que contemplaba el avance de la caballería. El Ministro había galopado en la dirección de ella, acompañado de sus ayudantes y de su secretario don Isidoro Errázuriz, y al contemplar la severa actitud del Regimiento, se detuvo a un lado del camino para verlo pasar. Vergara y Bulnes estaban profundamente distanciados por los sucesos de Tacna. Desde esa época no habían vuelto a cruzar una palabra. Vergara tuvo un arranque propio de su naturaleza magnánima y acercándose a Bulnes, le dijo: ¡quiero tener el honor de estrechar su mano!

*Resistencia en el  
Morro Solar*

El ataque y toma de Santa Teresa —San Juan fué sólo una parte de la gran batalla librada ese día. Las fuerzas de Iglesias que conservaban mediana organización se inclinaron al Morro Solar, que aun no se veía, por estar envuelto en una neblina espesa, aprovechando los crestones de los cerros que les ofrecían posiciones casi inexpugnables. Cada eminencia era una trinchera defendida por la infantería y artillería de montaña en retirada y los grandes cañones del Morro concentraban sus fuegos sobre las pequeñas piezas de Errázuriz y de Fontecilla. Siguiendo la atracción de la resistencia y del combate el N° 4, el Chacabuco, la Artillería de marina y la brigada de montaña nombrada, continuaron avanzando en la dirección del Morro disputando cada una de esas alturas y llegaron a un punto que en los partes oficiales se designa con los nombres de la Calavera o las Canteras, donde se detuvieron, ante una resistencia tenaz que les impedía avanzar. Allí los cansados regimientos sostuvieron un duelo terrible con los enemigos de la altura, lo cual les produjo una hecatombe de muertos y heridos. Allí recibió un proyectil de rifle el comandante del Chacabuco, Toro Herrera; allí sucumbió el 2º comandante del mismo cuerpo el mayor don Belisario Zañartu y el mando recayó en el tercer jefe, el Mayor Quintavalla. En el N° 4 ocurría lo mismo. Lynch, al ver la impotencia de sus soldados para dominar esa posición, envió sus ayudantes a pedir refuerzos al General en Jefe que a esa hora se encontraba en el valle de Chorrillos, habiendo pasado por el abra de San Juan aclamado por las tropas vencedoras. Uno de esos ayudantes, que se había distinguido en primer término en la campaña, el teniente coronel don Roberto Souper, fué muerto desempeñando su comisión. En ese momento crítico empezaron a escasear las municiones de la artillería. Se repitió entonces lo sucedido en Tacna. Los infantes retrocedieron y con ellos las baterías de montaña, las que se colocaron fuera del alcance de los fuegos, mientras llegaban los refuerzos pedidos insistentemente al General en Jefe, y a Lagos que tenía su división organizada, cerca de las casas de San Juan contiguas al abra.

El enemigo como en Tacna salió de sus líneas a perseguirlos. Los jefes chilenos no ocultaron en sus boletines oficiales haberse visto en la necesidad de batirse en retirada.

Toro Herrera decía:

*La infantería se batía en retirada*

"Siete trincheras fueron tomadas sucesivamente al enemigo, hasta llegar al cerro llamado de La Calavera, donde fuimos rechazados en razón del corto número de los nuestros y de que las baterías de montaña de los señores capitanes Errázuriz y Fontecilla tuvieron que suspender sus fuegos a causa de haberse agotado sus municiones. Las expresadas baterías protegían de una manera eficaz la marcha de la tropa, sosteniendo constantemente el fuego contra el fuerte extremo del cerro de Chorrillos, pero una vez que éste no tuvo ya que contestarles, concentró todos sus fuegos de artillería y ametralladoras sobre nuestra infantería, al mismo tiempo que la enemiga coronaba las alturas en cuádruple número tomándonos por el flanco".

Para apreciar bien ese momento de la batalla es preciso tener presente que la columna de Lynch que representaba la tercera parte de su división, se batía con el cuerpo de ejército de Iglesias, apoyado por las baterías del Morro Solar. De todos los incidentes de ese memorable día éste es quizás el más honroso para los cuerpos chilenos, porque permanecieron en esa terrible situación más de una hora sin dispersarse.

Como lo dije, las fuerzas de Iglesias salieron de sus líneas en persecución del Regimiento N° 4 y del Chacabuco que se batían en retirada, sin dejar de disparar como en Tacna y como en Tarapacá. El primero en acudir espontánea y arrogantemente en su ayuda fué Dublé Almeyda con el Atacama y como llegaran algunas municiones de artillería, los perseguidos se detuvieron y el combate volvió a empezar. Poco a poco ingresaron al sitio de ese encarnizado duelo un batallón del Valparaíso y Zapadores y poco después la brigada del Coronel Barceló, compuesta del regimiento favorito de Lagos, el Santiago, mandado por Fuenzalida; el Concepción, por Seguel; el Caupolicán, por don José María del Canto; el Valdivia, por don Lucio Martínez, y el Bulnes, por Echeverría. La presencia de este poderoso refuerzo obligó a los batallones peruanos a abandonar definitivamente la ofensiva y a replegarse al Morro Solar, el que ahora, disipada la neblina, surgía como un enorme castillo de fuego. Lynch, que no perdió un momento la dirección de sus tropas, destinó una parte de su división a flanquear el cerro y otra a marchar al asalto.

El combate continuó ya con menos resistencia y cuando los cuerpos de Lynch escalaban los flancos de la montaña, divisaron las fuerzas de Soto subiendo por el otro costado. Esta columna había encontrado una resistencia formidable. El camino que le cupo recorrer estaba defendido por cuatro reductos con seis cañones en posiciones y dos ametralladoras. Obligado a detenerse delante de uno de ellos, Soto se precipitó al asalto, pero una bala le perforó el pecho y lo puso fuera de combate. Balmaceda, comandante del Melipilla, asumió el mando vacante y acompañado del comandante del Coquimbo, don Marcial Pinto Agüero, consiguieron penetrar al reducto y tomar prisionera la guarnición. En esas circunstancias Fuenzalida clavaba la bandera del Santiago en las crestas de la temida posición.

Eran las 12 del día. La división Lynch soportaba el cansancio de siete horas consecutivas de pelea, pero había vencido apoderándose de asalto y a la bayoneta de once trincheras sucesivas y de nueve posiciones artilladas. Lynch confirmó ese día su gran fama de hombre de guerra y también fué reconocida la valiosa cooperación que le prestó su jefe de Estado Mayor, el Coronel Urrutia. Cayeron en

*Prisioneros en el Morro Solar*

poder de los asaltantes del Morro Solar 1.500 prisioneros, 600 de los cuales fueron tomados por Fuenzalida en su audaz acometida de la cima. Entre ellos se contaba el Coronel Iglesias y don Guillermo Billinghurst.

La toma del Morro Solar fué el segundo gran episodio de la batalla de Chorrillos. Faltaba rendir la población de este nombre, donde se había refugiado la mayor parte del cuerpo de Ejército de Cáceres y la Reserva de Suárez. Este momento de la batalla es confuso. Con los partes oficiales a la vista es casi imposible darse cuenta de la acción de cada cuerpo.

#### *Avance a Chorrillos*

Después de haber reorganizado rápidamente el ejército en San Juan, el General Baquedano envió a las 10 A. M., contra las fuerzas que se habían retirado a Chorrillos, la división de Sotomayor completa, la brigada de Urriola, la artillería de campaña, dos brigadas de artillería de montaña, y él mismo avanzó con el Cuartel General hasta un punto intermedio. A estas tropas se agregaron el Bulnes y el Concepción, cuerpos que si bien figuran en la brigada Barceló que asaltó el Morro Solar, lucharon principalmente en Chorrillos. Debo agregar que si el ataque de aquella posición fué distinto que la toma de Chorrillos, ambas operaciones se enlazan y confunden, principalmente en lo que respecta a la acción de la artillería, la que protegía al mismo tiempo la marcha de la división de Lynch y de la brigada de Barceló.

Chorrillos fué rodeado por las tropas de Lagos y de Urriola. El Bulnes y el Valdivia atacaron la población por el costado que se apoyaba en el Morro; el Esmeralda con Holley, el Regimiento N° 3, un batallón del Valparaíso y el regimiento Aconcagua, comandante Díaz Muñoz, por el norte.

#### *Combate en el pueblo*

Ese ataque simultáneo revistió los terribles caracteres de una ciudad tomada por asalto. Los defensores de la población se parapetaron en las casas y hubo necesidad de batirse en cada una en combates individuales y de grupos, con detalles que no pueden ser conocidos. Cada habitación era una trinchera, cada puerta y ventana un escondite que permitía agredir sin ser visto. Esta lucha anónima, indescriptible, duró cerca de tres horas, y el balneario fastuoso quedó convertido en un montón de ruinas humeantes.

Los batallones peruanos hicieron desesperados esfuerzos por defender la plaza. Tres cuerpos de la Reserva de Suárez fueron destruídos. Otros de la línea de Miraflores acudieron en su ayuda en trenes blindados, los que fueron detenidos a cañonazos por la artillería y por los fuegos de la infantería. A las 2 de la tarde toda resistencia había concluído. La ciudad estaba en poder de los chilenos, como el Morro Solar, como la línea fortificada de Santa Teresa-San Juan. El Perú no tenía ya otro punto de defensa que la línea de Miraflores.

El Dictador que siguiera con mirada anhelante la suerte de su ejército, primero en San Juan, después en el Morro Solar, se había retirado a Miraflores y aquella noche veló, no durmió, la desventura de su país en las líneas fortificadas de Vásquez. Quizás le servía de consuelo pensar que aquel abismo no había sido cavado por su mano; que otros eran los responsables de la artera política que había combatido en todos los momentos de su vida.

Y el feliz vencedor, aclamado por su ejército no se entregó al descanso, porque sabía que en aquellos perfiles brumosos de Miraflores se asilaba otro ejército; otra barrera que pasar para llegar a Lima.

La batalla fué sangrienta. El ejército chileno perdió 699 muertos y 2.522 heridos. El mayor porcentaje en este terrible guarismo pertenece a la división de Lynch que tuvo 1.843 bajas, de las cuales 92 de jefes y oficiales. Y en ella los cuerpos que más sufrieron fueron el N° 4 y el Chacabuco, en ese momento de la batalla en que permanecieron al pie de la ladera artillada esperando refuerzos y municiones para las piezas de montaña. Después de la 1ª división, la que pagó mayor tributo a su gloria fué la de Sotomayor y en especial la brigada de Gana. Entre ambas dan el 80 por ciento de las bajas totales. Las de los peruanos en realidad no se saben.

## V

El ejército chileno durmió el 13 de enero en las posiciones que había conquistado; la división Lynch entre Santa Teresa y Chorrillos; la de Lagos al norte de esta población; la de Sotomayor en el camino de San Juan. La tarde de ese día y la noche no fueron tranquilas. Algunos soldados excitados por el combate y sedientos, pues habían pasado siete horas sin beber, al romper a culatazos las puertas de los despachos en que se expendía licor se embriagaron y salieron a la calle disparando sus rifles y batiéndose en duelos singulares con otros que encontraban en el mismo estado. Nada se hizo en el día para reducirlos, sino una generosa tentativa personal del comandante don Baldomero Dublé Almeyda, el que habiendo penetrado a la población a hablar a los soldados el lenguaje del patriotismo y de la disciplina, fué muerto por una de las balas que se cruzaban en todas direcciones. La noche continuó en igual forma. No se puede saber cuántas pérdidas importó este terrible desorden.

*Desorden en Chorrillos*

Lima estaba abatida. El Gobierno se empeñaba por levantar el espíritu público con noticias falsas, que luego desvanecían las informaciones de los fugitivos del campo de batalla. Todavía al siguiente día por la mañana, un periódico oficial pretendía mantener el engaño explicando el desalojamiento de las posiciones de Chorrillos como una operación estratégica para reunir las fuerzas de Chorrillos con las de Miraflores.

*Vergara hace gestiones de paz*

En la mañana del 14, Vergara, cediendo a un sentimiento humanitario, envió al Cuartel General de Piérola al Coronel Iglesias, que estaba prisionero, acompañado de don Isidoro Errázuriz, para manifestarle la inutilidad de derramar más sangre. Errázuriz fué detenido en las avanzadas, no así Iglesias que pudo conferenciar con el Dictador. La respuesta de éste fué que no trataría sino con un ministro debidamente autorizado. Después de dar ese paso, Iglesias regresó a constituirse prisionero de nuevo, como lo había ofrecido antes de partir.

Disipada esa débil esperanza de avenimiento el General Baquedano adoptó resoluciones para atacar en la mañana del siguiente día la línea de Miraflores por medio de una acción combinada del ejército y de la Escuadra, plan que no se realizó porque los acontecimientos sobrevinientes lo trastornaron por completo.

El paso humanitario de Vergara no fué perdido. Lima, que seguía con avidez lo que ocurría, supo la respuesta de Piérola, y al punto se movieron influencias con los ministros extranjeros para que hicieran valer sus buenos oficios.

El cuerpo diplomático de Lima estaba presidido por el Ministro del Salvador, el señor Tezanos Pinto, que era el decano por antigüedad y como se recordará por lo sucedido en los preliminares de las conferencias de Arica tenían representación en él las principales naciones de Europa y los Estados Unidos. En la tarde de ese día 14, los diplomáticos se trasladaron al campamento peruano y en seguida manifestaron el deseo de hablar esa misma noche con el General Baquedano, pero como la hora era muy avanzada, éste los citó para el día siguiente temprano.

La reunión se celebró el 15 en el Cuartel General chileno con asistencia de Tezanos Pinto y de los representantes de Gran Bretaña y Francia de un lado. Por el otro el General en Jefe, su secretario Lira, Vergara y Altamirano, que según lo he manifestado tenían poderes para ese caso y don Joaquín Godoy. Los diplomáticos iban a solicitar una suspensión de hostilidades que diera tiempo de formular bases de paz y caso de no obtenerla a pedir garantías para los intereses de sus connacionales. El General Baquedano exigió para tratar la entrega incondicional del Callao, y como los negociadores le pidieran unas cuantas horas para que Piérola pudiera contestar sobre esa exigencia indeclinable, convino en suspender las hostilidades hasta las 12 de la noche de ese día, siempre que esta restricción fuera recíproca. Esto es lo que se ha llamado el armisticio de Miraflores. Lo convenido se pactó de palabras.

*Explicación del Armisticio*

En vista de lo sucedido, después se discutió mucho el alcance de ese acuerdo y se le dieron diversas interpretaciones. Baquedano afirmó, que su único compromiso había sido no romper los fuegos antes de esa hora, conservando ambos ejércitos la libertad de organizarse y distribuirse como lo creyeran conveniente, dentro de su respectiva zona. Esta explicación se ajusta a los hechos ocurridos después, porque esa mañana en una y otra línea se hicieron movimientos de cuerpos, y nuevas agrupaciones de las fuerzas. Desde las líneas chilenas se vieron llegar ese día los trenes que transportaban la guarnición del Callao, la cual se trasladó casi toda a la línea de Miraflores. Lo mismo sucedió con los batallones que quedaban en Lima pertenecientes a la Reserva o a los dispersos que la autoridad reunía y hacía regresar al campamento. Y lo que observaban los chilenos podían también verlo los peruanos, porque Baquedano elegía posiciones dentro de su zona con entera libertad en previsión de que las gestiones pendientes no dieran resultado. Cuando eso sucedía los jefes chilenos de la avanzada, no creyendo en una solución pacífica, pedían que se les permitiera impedir esa reconcentración que sería un peligro en la batalla que consideraban inminente e inevitable, y a todas sus observaciones, el General en Jefe contestaba recordando el compromiso que había contraído. Y si todo esto no fuera bastante para manifestar la veracidad de su explicación, probaríala el haber ido él a colocarse a tiro de rifle de las posiciones enemigas, confiado en la sinceridad del convenio pactado.

*Armisticio mal pactado*

Lo que hay de cierto es que ese armisticio adolecía de un vicio fundamental porque encontrándose los ejércitos separados por una distancia insignificante, era inevitable que por efecto de la desconfianza recíproca se produjese una imprudencia que bastaría para encender la hoguera. Todo hace creer que si bien la ruptura de los fuegos partió de las líneas peruanas, ella no es imputable sino a la situación del

momento. La acción se empeñó, como en Dolores, contrariando la resolución de los jefes de ambos ejércitos. Esto es lo que resulta del estudio atento e imparcial de los hechos. Si estuvo a punto de costar la vida a Baquedano, sorprendió a Piérola mientras almorzaba y discutía las condiciones de paz con los jefes de los buques europeos del Callao y con los agentes diplomáticos, de tal modo que la descarga que dió principio a la acción produjo igual sobresalto en ambos campos.